

¿Los Angeles Tienen Plumas?

A los 17 años de edad escribió un libro de poemas. Alone dijo que eran dignos de figurar en cualquiera antología. Orillando ya los 57, luego de haber recorrido todos los escalafones

de la jerarquía policiaca, en Chile y en el extranjero, sigue tratando de descifrar misterios de la vida criminal. Y produciendo obras policiales a su manera.

Por SUETONIO

Fueron, en verdad, hermosos aquellos años de nuestra periodismo incipiente, por las características, por las disciplinas, por el caloroso afán de magister que nos indujo Manuel Rosales en una época en que dedicarse a este oficio significaba exponerse a la vida cruenta. Para entregarse al apostolado de ejercerlo, muchos desahogaron sus diplomados universitarios. Otros, impulsados por vocación poderosa, se enrolaban a esta tarea que implica noches en vela, domingos sin descansos, permanente hurgueo en la noticia, con una actitud de alegre heroísmo y de limitadas compensaciones económicas. Pero urgía vencer los cimbreros de viejas técnicas. Byron Gálvez ya lo había iniciado en este diario. Sin embargo, quedaban en pie técnicas tradicionales. Y el juvenil equipo de revista "Enrillo" surgió como un movimiento de vanguardia firmemente dispuesto a superarlas. Había que cumplir el diario "mensajes a García", misiones imposibles, entrevistarse a fondo a personajes del momento, hacer la crítica diferente. Fue, entonces, cuando apareció René Vergara, un joven policía autor de cuentos que crecieron en nuestros trópicos reporteros y que, en fin, se incorporó a esa familia que por muchos años consideró que la revista era su propio hogar, algo muy querido en el alma.

Salíamos con René, que era un muchacho fuerte, de negra cabellera ondulada (Joaquín Edwards Bello dice que nuestros crepúsculos son herencia africana) y acompañarlo en sus pesquisas. Anduvimos tras los talones del Dempsey, una especie de Jack the Ripper de chapas y ramplones, que operaba en estratos edificios de departamentos. Nos internábamos en el laboratorio Conventillo del Diabolo, un enorme y ruinoso caserío del barrio Quinta Normal, derecho de antiguas opulencias cívicas, donde, según se pensaba, solía llegar El Torero. Los habitantes de esa estruendo Diabolo iban consumiendo, en la medida en que los ingresos arribaban con sus años de frío, ventanetas, puertas y estabulados. Trajinar por el segundo piso era como entregarse a una suerte de obra de demolición, por sobre labilidades que hacían puntos entre un cuarto y otro. Miseria. Misma. Sordida incubadora del delito.

PERO, HABLAMOS DEL HOMBRE...

La otra noche nos reunimos en la Sociedad de Escritores para recibir un último libro, "La pluma del ángel" (Serie "Creciente Literaria", editorial "Relatos", librerías "El Sembrador") y René Vergara se refirió a su obra, a ese libro scriptura que no lo es por gusto, capricho, azar o circunstancia, sino una increíble cantidad de factores que se dan en él en una maravillosa disposición natural condicionada a los fines del rol que le ha sido fijado y del que no puede escapar con vital inteligencia en el estado del alma griega, que le facilita para probar los principios del misterio humano y para simbolizar con alguna claridad.

El periodista, el escritor, el policía, comprenden que "con el paso del tiempo se van cayendo las plumas heladas: envidia, temores, ambiciones, rencores".

Dijamos que nació en Santiago, el 18 de marzo de 1929, que su padre fue Ramón Vergara Rojas (obrero de las Carreteras Unidas) y su madre Rosa Vergara Cortés; que hizo sus estudios primarios en escuelas públicas, que pasó por el Liceo Valentín Letelier, que estudió Filosofía en la Universidad Andrés Bello de Caracas, que se casó con Ana Dolores Llanos Domínguez, que tuvo un hijo (René, de ocho años y medio), que "arribó" en el crimen en 1940.

El editor de "La pluma del ángel" señala en el prólogo que "René Vergara tuvo una hoja de vida que en un momento: donde fundó en Chile y dirigió la Brigada de Homicidios, pasó por las aulas de Stanford Yard, o ser contratado profesionalmente por el Ministerio de Justicia de Venezuela, o asesorar a la Organización de Estados Americanos en el esclarecimiento de tres estremecedores hechos político-policiales ocurridos en Bolivia, Venezuela y República Dominicana".

Ha publicado "El pasajero de la muerte" (1960), "La otra cara del crimen" (1961), "Qué nombre más largo tiene un gato" (1971), "Taxi para el asesino" (1972), "Un caballo para Lucifer" (1973) y esta pluma de ángel que acaba de salir a la luz pública.

que me gustaría escribir cuentos y novelas policiales de ficción sobre ficción. Pero ¿cómo, cómo así? ¿Cómo? Estoy hasta la medula metida en una abismal realidad criminal y pretendo saber que el crimen de curso y hecho es más urgente y apasionante, para todos nosotros, que el crimen de ficción. Ya no puedo escapar y no puedo regular sin regularme: los asesinos son humanos, los humanos como sus víctimas, policías, jueces, peritos, periodistas y escritores. Si nuestra realidad los hace policiales no tendré que revisar la validez del manuscrito californiano".

BUENO, ¿Y COMO EMPIEZA UNO A ESCRIBIR?

¿Cómo se despierta en él la inquietud literaria en medio de la soledad de una infancia atendida por la apatía patrimonial? ¿Dónde están los libros que lo guían? Contra esos factores negativos, se produce el milagro. Surge el escritor hijo de un modesto trabajador ferroviario, o hijo de un vendedor ambulante de helados, como Nicomedes Guzmán; o de un conductor ferroviario, como Pablo Neruda. ("En mi caso —cuenta René Vergara— había un cuadro gris-blanco-verde: un mural de pueblo, semi destruido, con tres árboles negros que apenas le asomaban por encima. La palabra preguntadora: ¿qué pasó con la luz y el color? ¿Dónde están las pájaros? Prefería, obviamente, las pájaros de la calle a los del Parque Guzmán. Mi primer tema fue El Mural del Conde. La encontré, incógnita, desproporcionada, oscura. Hallando en energía vital, se podía considerar ruinas pintadas. Ignoraba que estaba metido en un fondo profundo de estratos. Ese callejón lo había pintado mi abuelo materno y correspondía, exactamente, a la casa chilleana donde él había nacido. El cuadro me paraba, abría, bellísimo. Por cierto, el observador está situado, sin buscarlo, por edad y experiencia, en una estrata axiológica. Entre los 10 y los 12 años, más temas eran: pájaros-rojos, tejas voladoras, barro-collado, la carta de mi perro, las lavanderas brutas de mi madre, el patio de la escuela pública. Después comencé al mar, Chiffon, y aquella fue el delirio. Más temas fueron: Cartagena, una postal que moja; Vulgaritas, ruidos en exposición eterna, con color y sabor a mar; Chiffon, árboles y casas viejas fluyendo en mi memoria de niño. Terminó un libro —"Escritorio de infancia"— y se lo regaló a Hernán Díaz Arrieta, que vivía en una casa blanca de la calle Rosenthal, calle-paseo-verde-rosa. El libro está en un abismo muralista de árboles. Lo recibí una señora. Cuando regresé por la respuesta, ella me entregó un sobre con una tarjeta blanca, manuscrita. Decía: tus poemas pueden figurar en cualquiera antología. Ahora, Guzmán —el libro. Atravesé el parque silencioso, corriendo. No lo he publicado ni lo publicaré. Lo que ahora hago público es mi agradecimiento al viaje crítico que se prescribió de un muchacho y lo respaldó. Antes de los 15 comencé a publicar cuentos en Lupa. Me invitó a Buenos Aires y allí me quedó algunos años, escribiendo y vagando").

SE LLENABA DE HORIZONTES...

¿Y después de eso escribir y de ese vagar en Buenos Aires? Ya empezaban a marcarse los caminos y por ellos cruzó a Uruguay, Brasil, Paraguay, Bolivia y Perú. ("Mi geografía internacional se había ampliado, y, sin saberlo, me estaba formando de horizontes latentes, breves. Edmundo Guzmán de San Fe, rubicundo durador de Amélie, correa blanca del Atiplano, indio alfarero de la trinita, árboles cortados y convertidos en embarcaciones con remos que seguían creciendo en el agua, arbores con millones de espejos diminutos, helados disputándose alguna sombra").

Regresó y durante 10 años se metió en la policía civil ("Quería ver hombres helados, los del mínimo social y sus redes"). Escribió sus primeros relatos policiales en la revista "Policía Científica". Para algunos años en Europa, Asia, África, Estados Unidos, viendo criminales y policías y las mil formas de la justicia humana. Permanece 7 años en Venezuela. ("Me dio por el escape. Mi profesor de lógica de la Universidad Católica Andrés Bello me obligó a usar un género dialéctico que trata, esencialmente, un tema que no se agota. En Chile así es el relato, en el cuento, en la novela y hasta en una de tantas que Fernando Arrabal tiene en su mano: "El Nila-

¿Los ángeles tienen plumas? : [entrevistas] [artículo] Suetonio.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vergara, René, 1916-1981

FECHA DE PUBLICACIÓN

1974

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

¿Los ángeles tienen plumas? : [entrevistas] [artículo] Suetonio. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile